

La calle para el jueves 4 de marzo de 2010  
Diario de un espectador  
Los treinta de Montemayor  
por miguel ángel granados chapa

Cuando Carlos Montemayor llegó a los 33 años su mundo, ya dilatado para un joven de su edad, se ensanchó considerablemente. Los años ochenta le significaron nuevas vetas y metas en su producción literaria. La crítica literaria Helen Anderson, de la Universidad de Nueva York establece el año 1981 como el origen de uno “de los proyectos más interesantes” del escritor fallecido el domingo pasado: “trabajos de investigación y talleres literarios en lenguas indígenas de México, especialmente en el maya yucateco, algunas lenguas mayenses de Chiapas, el zapóteco del Istmo y el purépecha.

“Fruto de esta labor ha sido la publicación de dos volúmenes con trabajos de escritores en diez lenguas indígenas y la coordinación de dos series de la colección Letras Mayas Contemporáneas publicadas entre 1993 y 1996, el ensayo ‘Notas sobre las formas literarias en las lenguas indígenas’ y su estudio ‘Arte y composición de los rezos sacerdotales mayas’, obras donde vemos claramente conjuntadas las pasiones artísticas e intelectuales de Montemayor. Entra aquí su conocimiento de las épicas de origen oral y de su proceso de trasmutación en texto escrito; su conocimiento de los recursos variados de las lenguas oral y escrita y los paralelismos entre la tradición oral griega y la tradición oral maya”.

El escritor Marco Antonio Campos, que conoció a Montemayor al comienzo de los años setenta, cuando el chihuahuense tenía 26 años y dirigía la *Revista de la Universidad de México*, da testimonio de su transición: “Para mi asombro, Carlos se concientizó en los años ochenta y se convirtió en una de nuestras conciencias políticas. No olvidó la gran cultura, pero se colocó a ultranza al lado de los perseguidos, de los indígenas, de aquellos que han sufrido la violencia del estado, de los pobres entre los pobres, y los defendió desde las trincheras que pudo. Fue, frente al poder, todo lo contrario del intelectual y escritor acomodaticio y del no escaso género del camaleón despreciable. No faltaron para él las picaduras de los alacranes.

“Una mañana en la terraza de una casa en Coyoacán, a finales de los años ochenta, me leyó un capítulo de una novela que estaba escribiendo sobre la guerrilla de Lucio Cabañas. *Era Guerra en el paraíso*. Le dije: ‘si así es toda la novela, será lo mejor que hayas escrito. Cuando la leí impresa, confirmé mi suposición. Las páginas de los combates son tan vívidas que se leen casi sin aliento. Sin duda es una de las novelas mayores de los pasados cincuenta años”

Antes de haberla concluido, Carlos Montemayor fue elegido miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua el 30 de agosto de 1984, y tomó posesión el 14 de mayo del año siguiente. Su discurso de ingreso se tituló “La tradición literaria en los escritores mexicanos (orígenes de la tradición nacional)”. En ese texto, dice Helen Anderson –que dedicó un amplio estudio a las letras de Montemayor a modo de

introducción de su libro *La tormenta y otras historias*, publicado en 1999 por la UNAM, colección Confabuladores—el nuevo académico “se refiere a la observación de Pedro Salinas de que todo espacio cultural se parece a la tradición geológica porque, ‘así como en un prado nos inclinamos sobre un estado presente de la tradición geológica, así en cualquier espacio cultural en que nos apoyemos se vive sobre profundidades, las de la tradición”.